

De la mezquina actualidad

La comedia infinita

Decididamente, somos un pueblo estúpido. Después de la intensa agitación que culminó en el pronunciamiento militar del 23 de Enero asistimos a una pintoresca y triste comedia política. Y esto, no tanto por culpa de aquellos a quienes las circunstancias y un hado benigno encumbraron a las más altas situaciones, como debido al desquiciamiento moral y a la incuria hospiciaria de esas que los cronistas de los grandes rotativos apellidan enfáticamente «las fuerzas vivas del país».

Llamado, no por el Ejército—dígase bien—sino por la opinión civil de la República, regresó el señor Alessandri. Los oficiales que derribaron pacíficamente—como en el Brasil, país de los cocoteros—a la Junta Clerical que presidía Altamirano, no hicieron sino poner en obra los deseos del pueblo. El gesto del 23 de Enero cortó la guerra civil que se veía inminente y con ello el desastre luctuoso de la vida social. El pueblo estaba dispuesto a ir hasta la barricada insurrecta y más allá de una simple asonada política.

Instalado el señor Alessandri en la Moneda, los militares se retiraron aparentemente del Gobierno pero han continuado en él por intermedio de sus personeros los actuales Secretarios de Estado. A su turno los acomodaticios partidos políticos, quebrados por el golpe de Septiembre, desprestigiados hasta lo grotesco en el ánimo público, empiezan a agitarse para reasumir su antiguo poderío. Y como un medio para lograrlo han plegado sus banderas doctrinarias tratando de formar un frente único civil que, dígase lo que se diga, sólo puede tener en las circunstancias actuales dos objetivos: uno político, es decir, el evitar algunas candidaturas presidenciales que, según ellos, significarían la continuación solapada del militarismo, y uno social, es decir, la alianza de la burguesía con propósitos reformistas, frente a la inquietud revolucionaria del proletariado.

El Presidente Alessandri, invita, en tanto, con cristiana majadería, a la unión a la concordia y a otras cosas por el estilo que no son de este mundo. Y con una visión de estadista cuya fulgurante genialidad causa asombro, hace girar todos los problemas chilenos alrededor de la «rotativa ministerial». Para él—después de una larga experiencia política, después, todavía, de su forzado viaje de estudio y turismo por Europa—evitando la rotativa ministerial, robusteciendo la autoridad del Ejecutivo, se habrá salvado la República. Para decir estas cosas ha reunido una Asamblea Consultiva donde vejates reaccionarios e ideólogos adolescentes pronuncian gangosos discursitos convencidos de que así aportan—como diría el doctor Fontecilla—«un modesto grano de arena para el edificio del Chile Nuevo».

Sin ser profeta patentado y sin clientela, como Santiago Labarca, se puede anticipar algo de lo que vendrá. Acaso algunas humildes reformas constitucionales, que en la vida efectiva del pueblo nada significan serán aprobadas; eso sí que, sucias de componendas, anémicas de buen sentido, insípidas a causa de una excesiva dosis de cordura. Luego volverán los astutos partidos y sus gloriosos dirigentes a ponerse la careta democrática para seguir medrando en las ferias electorales; en las esferas turbias del fa-

natismo y de la burocracia continuará la gestión impúdica de la granjería y del privilegio; los servicios públicos seguirán siendo el botín apetitoso de las camarillas dominantes; como ayer, en el futuro Parlamento se apoltronarán, para la honra y lustre de la tradición republicana, papagayos con diploma universitario, latifundistas atiborrados de grasa e ignorancia, abogados increíbles; y a la Presidencia de Chile llegará a sentarse renovándose así el prestigio aparatoso y decoro solemne que rompiera con sus arranques mediterráneos el señor Alessandri, el buen señor Pacheco, el hombre representativo de la mediocridad colectiva, «garantía para todos y amenaza para nadie».

Al margen de las actividades propias del Estado, veremos perpetuarse el mismo panorama de oprobio y de angustia. Un pueblo roído de vicios, agotado por la mezquindad de una desmesurada explotación implacable, envilecido por el alcohol, la sífilis y el catolicismo. La pampa norteña seguirá recibiendo el sudor de los trabajadores chilenos que enriquecen con su esfuerzo a las insaciables empresas del capitalismo internacional; y los campos del sur recibirán los huesos de nuevas y nuevas generaciones de inquilinos que habrán contribuido a dar lustre a las familias de nuestra campiña y a la insolente burguesía latifundista. Y así en las minas, en los talleres, en todas partes.

Nada ha cambiado, nada cambiará verdaderamente porque este pueblo es ciego y tiene la sensibilidad dormida, rehacia a las excitaciones de la rebeldía y al rescate de la esperanza. Por otra parte, no hay fuertes organizaciones de lucha social que fijen el sentido del movimiento obrero; dominan en todos los círculos la desconfianza, el egoísmo, el temor.

El pueblo es demasiado niño y se entretiene con cualquier cosa, hasta con un decreto-ley, o con una Asamblea Constituyente. Lo espera todo de arriba, de la acción pública, de la iniciativa del Estado. No obstante, es posible que nadie llegue a convenirse de su propia fuerza, se embriague con las ilusorias perspectivas de un porvenir que puede ser suyo, y marche hacia adelante, destruyéndolo todo, creándolo todo...

Saludo a Ana Banker

Con hermosa sinceridad habéis dicho, señora, nobles palabras que la hipocresía de esta hora mezquina que nos toca vivir puede repudiar pero que traducen el íntimo pensamiento de todos. Asqueados de la sucia pequeñez de los hechos que a diario se suceden, abrumados por la infinita miseria de los corazones, las hemos escuchado como una alentadora ofrenda de verdad, de verdad heroica, porque hoy y en todo tiempo—como escribió Rafael Barret—la sinceridad es siempre un heroísmo.

Habéis defendido la libertad en el amor, habéis glorificado el impulso obscuro que acerca dos seres y los levanta sobre el espasmo efímero de los sentidos en una tremante efusión de eternidad. Y bien decís, señora, cuando cifráis en el acertado y libre cumplimiento de tan alto designio el perfeccionamiento de los seres y la paz de la tierra.

Cualquiera que examine la realidad social y el carácter dominante en los hombres actuales, tendrá que convenir que estamos

en un período de irremediable decadencia. Una cultura decrepita—con sus ideas, sus costumbres, sus instituciones, su espíritu—se viene abajo para dar sitio a otra Edad Media, acaso más triste y asfixiante que la vivida por la humanidad después de la muerte de los dioses.

Vemos como todo se corrompe y desfigura. Las normas esenciales de la naturaleza no son las normas aceptadas de la vida común. A despecho de nosotros mismos, en lucha sorda contra las urgencias impetuosas del instinto, vivimos una existencia artificial, enfermiza, degenerada, en medio de las pragmáticas absurdas de la moral cristiana, de los cánones polvorientos de los Códigos y de la farsa miserable de los usos y hábitos tradicionales.

Pero la vida tiende a imponer, a pesar de todo, su dinamismo creador, y mientras la sociedad, la tradición y la cultura empujan al hombre hacia la negación de sus instintos las fuerzas profundas e ineludibles de sus entrañas lo llevan a satisfacerlos, eso sí que solapadamente, mezquinamente, usando artimañas deleznales. Lo único que ha conseguido la moral cristiana, es erigir la hipocresía en virtud social. Vivimos porque a pesar de las leyes y de las sentencias de los teólogos obedecemos al mandato de nuestros instintos.

En el amor, señora, esto es notorio. Las imposiciones de un medio social falseado por una estúpida y sombría concepción de la vida, apenas si han conseguido entristecer el amor restarle la risa fresca y candorosa de la egloga primitiva, la divina desnudez con que podría embellecer el destino ingrato. El amor ha cedido su puesto, en público, a consideraciones pecuniarias o sociales, cuando no a prejuicios valetudinarios.

El matrimonio; bien sabéis, es casi siempre un escarnio al amor. El Estado y la Iglesia velan por el cumplimiento de un contrato donde hay intereses—que no son los del sentimiento—comprometidos. El hombre y la mujer que no están unidos por los vínculos del amor verdadero no son capaces de responder de su propio porvenir y acuden a la tutela de la ley humana y de la ley divina. ¿Creéis, sin embargo, señora, que llegará ese día en que una voluntad libre sepa levantar, por encima de sí misma, su propia ley?...

Y luego, ¿quién no conoce las subrepticias satisfacciones de la ternura y del deseo? ¿Quién sostendrá que la prostitución no es necesaria dentro del actual sistema de vida? ¿Quién negará, por ejemplo, la equívoca situación de las jovencitas burguesas, que, si bien es cierto, no se entregan por lo común, en plenitud, al macho de sus apetitos, se prostituyen moralmente, con muchos, en esos escarceos increíbles que constituyen el pololeo? En vez del ancho camino lleno de sol que le corresponde el amor sigue rutas tortuosas, aumentando el desequilibrio de las generaciones y la agonía social.

Tenéis razón, señora: en el amor, solamente en el amor es posible cimentar la verdadera familia, y la verdadera familia sería la piedra básica de la ciudad futura en que tanto soñamos... sin esperanzas. Hay, pues, que reivindicar el sano y fuerte y gozoso instinto que sigue la más alta trayectoria de vida. Pero esto, señora, no será obra de la multitud, del pueblo. Es obra propia de esas minorías selectas de la inteligencia, la voluntad y el corazón que en el seno de cada sociedad y de cada época mantienen un ideal de verdad y de fuerza.

Dentro de nosotros y en el círculo de los que sean iguales a nosotros, pongamos en

obra los anhelos que no serán jamás realidades colectivas. Aprendamos, sobre todo, a ser libres, lo que es bien difícil, y todo lo demás vendrá de añadidura. Seamos verdaderamente dignos de la vida mejor, viviéndola, día tras día, en plenitud y en verdad.

Señora, al reconoceros como un alto espíritu, dueño de sí mismo y leal con la vida mejor, os he dicho estas palabras sin ánimo de que nadie desde la multitud recoja su eco.

EUGENIO GONZÁLEZ R.

GLOSAS OPORTUNAS

NACIONALISMO

La locura de la guerra y la discordia del mundo se han continuado en los países europeos por la más feroz propaganda nacionalista, a la sombra de la cual recogen cosecheros hábiles como Mussolini. Alemania misma, para quien si la guerra tuvo alguna ventaja fué el desvanecimiento de su sueño imperialista y del nuevo y anacrónico Sacro Imperio Romano—germánico con que deliraba este megalómano no bien estudiado por la Psiquiatría, que se llamó Guillermo Hohenzollern; Alemania misma no acaba de sacudirse a la libertad por la propaganda funesta de estos generales jubilados y almirantes octogenarios como Hindenburg y Von Tirpitz que forman los grupos nacionalistas. Si Ebert hubiese sido un hombre de coraje debió reunirlos a todos, sacarlos de sus clubs, vestirlos con sus uniformes de gala, sin que les faltara ninguna condecoración, y, con la acostumbrada solemnidad germánica, al son de las músicas marciales de Alemania, desplegadas las banderas rojas y negras del antiguo imperio, celebrarles los funerales. Habría sido un espectáculo que en esta Alemania plebeya, comunista y socializante recordaría los grandes días de la patria alemana: las paradas militares de Postdam y el Deutschland über alles... Una solución más benévola a que los espíritus generosos se inclinarían sería enviar estos generales a Sur América, donde presidentillos de opereta admiran y pagan muy bien las misiones militares alemanas. Estos militares científicos, tozudos y graves como teólogos, magos como el Dr. Fausto, cuánto tendrían que enseñarle a nuestros carniceros criollos como Leguía, Saavedra o Juan Vicente Gómez.

En Francia, el nacionalismo fructifica bajo la advocación de Santa Juana de Arco—Diana de la patria francesa; en un pueblo tan tradicional, tan pagado de su cultura, su espíritu literario, su posición en el mundo como el pueblo francés; y como en Francia de todo, hasta de una campaña política se hace literatura, produce los anacrónicos y bien escritos libros de Charles Maurras.

El nacionalismo parece el remedio inventado por los conservadores contra la agitación social de nuestra época. El poder y las fuerzas del Estado para detener las profundas convulsiones de los pueblos se habían venido relajando; ya no eran sólo pactos políticos los que primaban en la vida de las naciones, y para resolver todos los problemas sociales y económicos, determinados por la complejidad de la vida moderna que se presentaban a los pueblos, el Estado hubiera tenido que hacer el papel de una vieja comadrona entrometida que lleva y

trae del patrono al obrero, del capitalista al proletariado, y nada concilia. Sus caducas leyes iban más lento que las necesidades y si aceptábamos todavía al Estado era como una reliquia de otras épocas que no acabábamos de destruir por pereza, pero ante quien no íbamos a doblegar nuestras voluntades, nuestro pensamiento, nuestras iniciativas. No en balde habíamos oído el sermón de soledad e individualismo de Zaratustra y obedecíamos más a nuestro pensamiento, a nuestra conciencia, al vasto mundo interior que llevamos dentro de nosotros, que a todas las ordenanzas militares y municipales. Si pagábamos el impuesto y la contribución era como ciertos herejes que se descubren cuando pasan por la Iglesia, obedeciendo a un hábito que les infundieron en la niñez. Se hacen tantos actos irreflexivos...

Ahora bien, en lugar de confesar que el Estado ha hecho crisis; que no se amolda a las imposiciones de nuestra vida complicada, ni puede atender a sus necesidades; que sus leyes no hacen sino sancionar la injusticia social y la división entre opresores y oprimidos, estos doctores cándidos y fanáticos se afanan en fortalecer el Estado, en darle vida artificial y en amenazarnos—como pudieran hacerlo con un arma enmohecida digno de exhibirse en un Museo— con sus razones supremas.

Buscando afuera las causas del profundo malestar de las sociedades contemporáneas, los nacionalistas que tenían los ojos cerrados—y les convenía tenerlos—para ver las fauces cada vez más devoradoras del capitalismo y la imposibilidad de vivir bajo un régimen de desigualdad tan manifiesto; los nacionalistas descubrieron dos causas que más que causas eran efectos. El caos de la sociedad actual provendría, según ellos, del individualismo que ha rebelado al hombre contra la sociedad; ha hecho del individuo otro estado dentro del Estado, ha anarquizado la opinión; y del internacionalismo que ha dilapidado en un esfuerzo de compenetración exterior las reservas de energía de los pueblos agotándolos y desfigurándolos. (Para los nacionalistas esto de que un pueblo se desfigure, es decir, que se haga más semejante a los otros pueblos, es una monstruosidad, ya que ellos quieren que cada nación sea como una isla solitaria y pintoresca, distinta de las otras islas o naciones. Así se podría proclamar la superioridad de ciertas razas, el mesianismo de ciertos pueblos, la necesidad de destruir y someter a otros y la justificación de las guerras).

Para volver, pues, a los convulsionados pueblos modernos por el camino de la uni-



Alfredo Demaría, por Geo

dad, los nacionalistas no abolirán el régimen actual ni buscarán una distribución más justa de los beneficios y las cargas sociales, sino aumentarán—como si ya no fuera enorme—el poder restrictivo del Estado. El estado nacionalista ajustará como un inmenso zapato chino a las individualidades demasiado rebeldes, impondrá a los ciudadanos nuevos dogmas tan infalibles como los del Papa, y sacrificará en provecho de la colectividad a los elementos perturbadores: Bajo este aspecto, la sangrienta comparsa del Klu-Klu-Klan yankee es una institución modelo. A la mayor gloria de Dios dicen los jesuitas; a la salud y orden del Estado dirán los nacionalistas.

Si el individuo alcanzó en el siglo XVIII contra el poder de los reyes y la servidumbre medioeval una declaración de "los derechos del hombre y del ciudadano", la nación debe ahora reivindicar contra el individuo sus derechos.

Así vuelve a venerarse como a un ídolo prehistórico, como a una divinidad que creímos definitivamente muerta: la razón de Estado. Y Mussolini destruirá los diarios de oposición, él o su partido arrojarán al Tíber—como en el tiempo de los césares—a un diputado comunista. Todo por la seguridad y la paz del Estado italiano...

Ahora conviene que Zaratustra baje nuevamente de la montaña y regrese de su larga permanencia en las Islas bienaventuradas. Y ante esta humanidad de hombres pequeños, temerosos, que necesitan de un Estado que los guíe y los mantenga porque no pueden valerse así solos, repita su lección individualista y su prédica de la valiente soledad....

MARIANO PICON - SALAS

COMPRE un

AGENTES AUTORIZADOS.

CARLOS ORREGO y Cía. Ltda.

Ford a ORREGO

SANTIAGO

HUERFANOS 819-823

EL AUTO UNIVERSAL